



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de

Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XVII

Nº 10

11.12.2022

DOMINGO DE LA 3ª SEMANA DE ADVIENTO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro de Isaías (Is 35, 1-6a. 10)
Salmo Responsorial	Salmo 145 (Sal 145, 7. 8-9a. 9bc-10)
2ª Lectura	De la Carta del Apóstol Santiago (San 5, 7-10)

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MATEO (MT 11, 2-11):

En aquel tiempo, Juan, que había oído en la cárcel las obras del Mesías, mandó a sus discípulos a preguntarle: «¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?».

Jesús les respondió: «Id a anunciar a Juan lo que estáis viendo y oyendo: los ciegos ven, y los cojos andan; los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen; los muertos resucitan, y los pobres son evangelizados. ¡Y bienaventurado el que no se escandalice de mí!».

Al irse ellos, Jesús se puso a hablar a la gente sobre Juan: «¿Qué salisteis a contemplar en el desierto, una caña sacudida por el viento? ¿O qué fuisteis a ver, un hombre vestido con lujo? Mirad, los que visten con lujo habitan en los palacios. Entonces, ¿a qué salisteis?, ¿a ver a un profeta?»

«Sí, os digo, y más que profeta. Éste es de quien está escrito: “Yo envío mi mensajero delante de ti, el cual preparará tu camino ante ti”.»

«En verdad os digo que no ha nacido de mujer uno más grande que Juan el Bautista; aunque el más pequeño en el reino de los cielos es más grande que él.»

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

«¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?»



¿Eres tú el que ha de venir...? Juan, a orillas del Jordán, ve el Espíritu Santo venir del cielo y posarse sobre Jesús, y le señala al pueblo como Mesías. Ahora, puesto en la cárcel, manda a sus discípulos a preguntarle si realmente lo es.

No pregunta por él, dice San Jerónimo, sino por ellos. Jesús con el lenguaje persuasivo y elocuente de sus milagros, les demostrará que realmente es el Mesías. Es el procedimiento que hemos de seguir si de alguna manera proclamamos el Evangelio: dar la doctrina, pero al mismo tiempo suministrar todas las pruebas de esa doctrina.

La Formación Litúrgica del Pueblo de Dios

Carta «*Desiderio Desideravi*» del Santo Padre Francisco

Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar (Lc 22, 15).

(“Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer”).

(Continúa la Carta del Santo Padre):

El contenido del **Pan partido es la cruz de Jesús**, su sacrificio en obediencia amorosa al Padre.

Si no hubiéramos tenido la última Cena, es decir, la anticipación ritual de su muerte, no habríamos podido comprender cómo la ejecución de su sentencia de muerte pudiera ser el acto de culto perfecto y agradable al Padre, el único y verdadero acto de culto. Unas horas más tarde, los Apóstoles habrían podido ver en la cruz de Jesús, si hubieran soportado su peso, lo que significaba **“cuerpo entregado”, “sangre derramada”**: y es de lo que hacemos memoria en cada Eucaristía.



Cuando regresa, resucitado de entre los muertos, para partir el pan a los discípulos de Emaús y a los suyos, que habían vuelto a pescar peces y no hombres en el lago de Galilea, ese gesto les abre sus ojos, los curas de la ceguera provocada por el horror de la cruz, haciéndolos capaces de “ver” al Resucitado, de creer en la Resurrección.

Si hubiésemos llegado a Jerusalén después de Pentecostés y hubiéramos sentido el deseo no sólo de tener noticias sobre Jesús de Nazaret, sino de volver a encontrarnos con Él, no habríamos tenido otra posibilidad que buscar a los suyos para escuchar sus palabras y ver sus gestos, más vivos que nunca. **No habríamos tenido otra posibilidad de un verdadero encuentro con Él sino en la comunidad que celebra.** Por eso, la Iglesia siempre ha custodiado, como su tesoro más precioso, el mandato del Señor: **“haced esto en memoria mía”**.

Desde los inicios, la Iglesia ha sido consciente de que no se trataba de una representación, ni siquiera sagrada, de la Cena del Señor: no habría tenido ningún sentido y a nadie se le habría ocurrido “escenificar” – más aún bajo la mirada de María, la Madre del Señor – ese excelso momento de la vida del Maestro. Desde los inicios, la Iglesia ha comprendido, iluminada por el Espíritu Santo, que aquello que era visible de Jesús, lo que se podía ver con los ojos y tocar con las manos, sus palabras y sus gestos, **lo concreto del Verbo encarnado, ha pasado a la celebración de los sacramentos.**

2. La Liturgia: lugar del encuentro con Cristo

Aquí está toda la poderosa belleza de la Liturgia. Si la Resurrección fuera para nosotros un concepto, una idea, un pensamiento; si el Resucitado fuera para nosotros el recuerdo del recuerdo de otros, tan autorizados como los Apóstoles, si no se nos diera también la posibilidad de un verdadero encuentro con Él, sería como declarar concluida la novedad del Verbo hecho carne. En cambio, la Encarnación, además de ser el único y más novedoso acontecimiento que la Historia conozca, es también el método que la Santísima Trinidad ha elegido para abrirnos el camino de la comunión. **La fe cristiana, o es un encuentro vivo con Él, o no es.**

La Liturgia nos garantiza la posibilidad de tal encuentro. No nos sirve un vago recuerdo de la última Cena; necesitamos estar presentes en aquella Cena, poder escuchar su voz, comer su Cuerpo y beber su Sangre: le necesitamos a Él. En la Eucaristía y en todos los Sacramentos se nos garantiza la posibilidad de encontrarnos con el Señor Jesús y de ser alcanzados por el poder de su Pascua. El poder salvífico del sacrificio de Jesús, de cada una de sus palabras, de cada uno de sus gestos, mirada, sentimiento, nos alcanza en la celebración de los Sacramentos. [...] **El Señor Jesús que, inmolado, ya no vuelve a morir y, sacrificado, vive para siempre, continúa perdonándonos, curándonos y salvándonos con el poder de los Sacramentos.**

Seguirá en la H.S. de la próxima semana...

Javier Leal

Javier Leal fue uno de los ponentes del Congreso, aportando su testimonio de conversión. Nacido en tierras burgalesas en el seno de una familia católica, sus padres eran tibios en las cosas de Dios.

A los 13 años pierde la fe y tras una adolescencia exenta de los excesos típicos de los adolescentes de hoy en día, al llegar a la edad juvenil se interesa en la filosofía, la política y establece relaciones con la intelectualidad de la época.

Estudia los clásicos y la filosofía moderna, es decir, se empapa de pura especulación humana. Acaba por interesarse por las religiones orientales, especialmente el hinduismo y el budismo tibetano.

Javier nos explicó que el hinduismo es politeísmo puro y duro, y también lo es el budismo, que, aunque niega la existencia de un Dios único y trascendente, es politeísta. Estudió los yogas conceptuales y al mismo tiempo se convirtió en maestro de otros.

Pero tras una crisis sentimental, un día decidió **orar un Padrenuestro a conciencia**. Fue entonces cuando empezaron a cambiar cosas. Leyó más filosofía y algo de material cristiano que estaba incluido en libros no propiamente católicos. Se interesó por el fenómeno de las apariciones marianas y es en ese momento de su vida cuando tiene un encuentro con una persona que habría de ser como un enviado de la Providencia destinado a ayudarlo a entrar en el camino de la conversión definitiva.

Ese encuentro fue con un mendigo sabio llamado Rafael. Ya mayor, recio, fuerte, vestido como si estuviera sacado de la novela "El Señor de los Anillos", aquel mendigo era una caja de sorpresas. Había viajado por todo el mundo y su conocimiento de todas las religiones y filosofías era sorprendente. Javier se asombró de lo mucho que aquel hombre sabía sobre cualquier tema que trataban. Pero lo que le dejó impactado es que, al finalizar la conversación, el anciano le dijo **que el verdadero conocimiento sólo se encontraba en la Iglesia Católica**.

Tras despedirse, nunca más le volvió a ver, pero aquel encuentro fue un hito que marcó un antes y un después en la vida de Javier Leal. Al poco tiempo un amigo le invitó a visitar a un hombre que hacía vida de ermitaño en uno de los pocos lugares escondidos que deben quedar en la isla de Ibiza, en España. Vivía en una pequeña cueva natural apenas preparada para que pueda vivir una persona en ella. Hablaron largo y tendido de muchas cosas y el ermitaño demostró tener también un amplio conocimiento de todo lo relacionado con las religiones orientales, el esoterismo, etc.

Se despidieron, pero otra vez la Providencia quiso hacer de las suyas. Javier se dejó en la cueva unas gafas de sol que apreciaba bastante y volvió a por ellas al día siguiente. Fue entonces cuando, el ermitaño después de un diálogo largo y profundo le recomendó que abandonara la vida espiritual que había llevado hasta entonces y abrazara el Catolicismo.

Le dejó varios libros de espiritualidad católica y le recomendó que empezara a rezar **el Rosario**. Y Dios, en su misericordia, quiso que el Rosario fuera instrumento de conversión para Javier. La oración, el estudio de la Biblia, la lectura de los Padres de la Iglesia y la teología católica pasaron a ser el pan nuestro de cada día en su vida diaria. Por fin se produce su definitivo regreso a la Iglesia, y esa vuelta a casa la vive desde entonces con tal intensidad que acude a misa y al rosario diarios. Desde entonces no ha hecho sino crecer espiritualmente en la verdad católica, camino de salvación en Cristo Jesús.





LA DIVINIDAD DE JESÚS: (10): LA PERSONA DE CRISTO

La revelación del Evangelio es bien clara hablando siempre de la persona de Cristo con dos naturalezas, la divina y la humana.

Recordemos por ejemplo la confesión de San Pedro en Cesárea de Filipo: **“Tu eres Cristo, el Hijo de Dios vivo”** (Mt 16:16). Los símbolos de fe primitivos así lo declaran. El Magisterio en el Concilio de Calcedonia (a. 451) dejó sentado que el tipo de unión que existía entre ambas naturalezas, la divina y la humana, recibía el nombre de “Unión Hipostática”. **La única Persona de Jesucristo, es la Persona divina del Verbo, Segunda Persona de la Santísima Trinidad.**



La única Persona divina en Jesucristo: En el Nuevo Testamento se encuentra el contenido de este dogma, Por ejemplo: Jn 1:14, “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Jn 3:13, “Nadie subió al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre”. Ef 4:10, “El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo”

Los Santos Padres van poco a poco concretando una terminología que manifiesta con exactitud y precisión los contenidos de nuestra fe. Por ejemplo: Tertuliano (+ 233): “Dos estados (naturalezas)... unidas en una Persona...” San Agustín (+430): “El mismo que es Dios, es hombre; el mismo que es hombre, es Dios; no por confusión de naturalezas, sino por la unidad de la Persona”.

La naturaleza humana fue asumida por la Persona divina en el momento de la Encarnación. La Persona divina obra en y por medio de la naturaleza humana como si fuera un órgano suyo.

El hecho de que una persona sea capaz de tener dos naturalezas sigue siendo un misterio para el hombre. En el caso de Cristo la persona que asume la naturaleza humana es el Verbo (Segunda Persona de la Santísima Trinidad). En Cristo las naturalezas se unen en la única Persona divina. En Cristo hay un solo “yo”, el cual accede tanto a las obras que realiza como Dios, como a las que realiza como hombre.

En los Evangelios, siempre que Cristo usa el término “Yo” o “Mí”, hay una clara alusión a su Persona divina:

Jn 8, 58: “En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era Yo”.

Jn 9, 9: “Unos decían que era él; otros decían: No, pero se le parece. Él decía: Soy yo”.

Mt 14, 27: “La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo”.

Jn 8, 12, “Yo soy la luz del mundo”.

Mc 6, 50: “Él les habló enseguida y les dijo: Animo, soy yo, no temáis”.

Jn 10, 11: “Yo soy el buen pastor”.

Jn 11, 25: “Yo soy la Resurrección y la vida”.

Jn 14, 6: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”.

Mt 5, 21-44: “Se dijo..., pero Yo os digo”.

Hay que subrayar la perfecta unión, sin división ni separación, que se produce entre la naturaleza divina y la humana, por el hecho de que en Cristo solo hay una única Persona que las sustente, la divina del Verbo.